

28 - XII - 78  
 D ESPUES de las elecciones del 15 de junio,

# LOS LIMITES DEL POSIBILISMO

ética y política, en el que se hace cada día más difícil luchar contra la violencia

muchas personas tuvieron la impresión de que un nuevo clima de convivencia se extendía sobre la política española, sobre todo visto el funcionamiento de las Cámaras. Los Plenos eran correctos, las cuestiones más vidriosas se discutían en pasillos y comedores y hasta se ventilaban en pactos públicos y sonados, como el de la Moncloa. El Parlamento, quizá hasta con exageración, se convertía en foro, a veces con su significado histórico y otras con su acepción teatral. Pero no parecía mal todo esto, porque, en definitiva, los partidos estaban dando la sensación, salvo raras excepciones, de querer convivir, aprendiendo la experiencia del pasado, o sea, implantando aquello de que tanto se había hablado en la época del tránsito: la convivencia civilizada.

Seguramente una de las manifestaciones más significativas de este clima fueron las declaraciones y actuaciones posibilistas de ciertas personalidades de la derecha, cualquiera que fuese su filiación política formal. Parecía que estos líderes de la derecha, embarcados en la empresa democrática y parlamentaria del 15 de junio, se hallaban dispuestos a llegar al límite de sus concesiones y actitudes en el Parlamento y fuera de él en las declaraciones públicas, en la elaboración de la Constitución y, donde viniera a mano y hasta a trasmano, para hacer patente el propósito posibilista. De otro lado, algunos líderes de la izquierda, que no todos, ni mucho menos, parecían actuar en sentido coincidente desde un punto de partida distinto, de lo que quizá ha sido el testimonio más concreto las declaraciones del diputado socialista señor Múgica, y sobre todo su discurso, breve discurso, al tomar posesión de la presidencia de la Comisión de Defensa del Congreso.

La incógnita residía en conocer el grado de conexión entre los partidos y sus actitudes parlamentarias, así como el grado de influencia que tenían sobre las masas en sus reacciones y hasta en sus radicalizaciones. Los hechos nos están advirtiendo sería y alarmantemente de que, una vez más, este llamado intento de convivencia o es una estratagema encaminada a ganar tiempo, o con cualquier otro fin, o se desvanece por una nueva y trágica separación entre «la España real y la España oficial», entre la España oficialmente democrática y la España realmente instintiva, agresiva y radicalizada que no muchos desean se les atribuya su protagonismo, pero que muchos quieren imponer a sus conciudadanos.

Hace pocos días, el periodista Abel Hernández, en las columnas de «Infor-

maciones», hacía un sobrecogedor resumen: «Este país está llegando a una situación crítica. El deterioro de la vida social, de la vida política y de la economía lleva una carrera galopante. Nadie está conforme. Nadie ve salida. Ha llegado la hora de dramatizar la situación. Este período constituyente, si no se acorta considerablemente, va a llevar a España a un callejón sin salida. Arden las cárceles, crece en todos los rincones el terrorismo. Se rebelan los empresarios, aumentan los parados, nos invade la delincuencia impunemente, siguen subiendo los precios. Da la sensación de que la nave del Estado va a la deriva.»

He buscado, de propósito, este testimonio ajeno para que nadie vea en palabras propias intenciones de alarmismo o de exageración. Por otra parte, pienso que a la hora de contabilizar las consecuencias de esta situación no se puede hacer de manera inexacta o incompleta, atribuyéndoselas al Gobierno, sino que los partidos deben tomar la parte de responsabilidad que en ellas puedan tener.

Por eso, ante esta situación, debe recordarse a los partidos parlamentarios de la izquierda que sí, como declaran, quieren estabilizar la democracia en España, la filosofía sostenida por ellos hasta ahora es equivocada: no se puede mantener una simpatía ostensible hacia quienes atacaron al Orden Público usando de la violencia, simplemente porque ese Orden Público defendiese al régimen anterior, y creer que con un «borrón y cuenta nueva» el Orden Público de la Democracia sería por aquéllos respetado. Esta es una suposición errónea y hasta pueril, porque la radicalización de la violencia no es democrática ni quiere otra cosa que el monopolio del Poder por los grupos que han hecho de ella profesión y vida. Además, no puede omitirse otra circunstancia: con las medidas políticas propugnadas por la izquierda en la Moncloa se ha creado un clima de relajación total,

y asegurar la libertad personal y la de trabajo, así como la convivencia pacífica. La consecuencia de todo ello es que o esos partidos encubren el desencadenamiento de las agresiones y el desorden público, lo que no quiero creer, o de lo contrario han creado las condiciones idóneas para que la España democrática sea otra de las víctimas que vuela por los aires.

De otro lado, empiezo a sospechar que hay muchas personalidades de la derecha sociológica —vuelvo a insistir que cualquiera que sea su filiación política formal— que ven con creciente inquietud los derroteros por los que el país se encamina. Creo que es la hora, y deseo no sea la última, de rectificar, de crear una gran derecha política que responda a ese clamor de la derecha sociológica, pues a ella también hay que recordarle que, si no se une en una formación coherente y eficaz, la posibilidad de una democracia viable y moderada habrá desaparecido. Mas para ello hemos de renunciar todos a la actitud exclusivista y excluyente de que la derecha somos nosotros y que todos los demás deben acomodarse a nuestras actitudes. Hacer un partido es cosa difícil, pero lo importante no reside en la construcción formal del partido, sino en la capacidad de convocatoria que encierre, en las esperanzas que despierte y en la solidez de la ideología que represente. Eso es lo que, a mi juicio, debe hacer la derecha política, si quiere identificarse con la derecha sociológica.

En definitiva, si la izquierda parlamentaria no es capaz de imponer a sus masas una actitud convincente, suprimiendo la violencia de la calle y contribuyendo a que la paz pública se restablezca desde todos los ángulos; si no colabora con el Gobierno y las Fuerzas del Orden para acabar con la delincuencia política y no política, y si, por otra parte, no somos capaces los demás de crear una formación política que represente a toda la derecha sociológica, en la hora misma en que, al parecer, un nuevo intento de frente popular se fragua con ciertos pactos anunciados en la Prensa, me parece que por la propia dinámica de los acontecimientos habremos llegado a los límites del posibilismo. Porque, sin jactancia, mantengo lo que en estas páginas escribí el 30 de julio de 1976 bajo el título «Adónde va España»: «O se establece un orden para construir una nueva etapa democrática y civilizada o caemos de plano en la revolución, si llamamos a las cosas por sus nombres, como en 1868, como en 1873 o como en 1931.»

Federico SILVA MUÑOZ